

Foro el Futuro de la Democracia: Tiranía de la minoría con Steven Levitsky

(Traducción y notas de Julio Aguirre, Guest Scholar, Kellogg Institute; IHEM-UNCuyo-CONICET)

<https://www.youtube.com/watch/IEdwKH4-vB8>



Introducción

[Dr. Christina Wolbrecht] Bienvenidos a todos a este evento del *Foro de la Democracia*. Es simplemente fantástico ver una multitud tan grande, gracias a todos por estar aquí. Mi nombre es Christina Wolbrecht, soy profesora de Ciencia Política aquí en Notre Dame y tengo el honor de comenzar presentando al decimoséptimo presidente de la Universidad de Notre Dame, el Dr. John Jenkins.

[Aplausos]

[Rdo. John Jenkins, C.S.C.] Gracias Christina por esa presentación. Es genial ver a esta multitud, lo siento por la gente de atrás y tiene que estar de pie, pero es maravilloso ver el interés que hay por nuestro orador. Christina no ha mencionado que el evento de esta noche es parte de un Foro más amplio, de un año de duración, sobre el *Futuro de la Democracia* en Notre Dame. Nuestro objetivo a través de estos eventos es fomentar un diálogo informado y respetuoso para reflexionar sobre las crecientes amenazas a la democracia, en el país y en el extranjero, y cómo se puede revitalizar la democracia para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. Todos hemos visto cómo en los últimos años las normas e instituciones democráticas han sido atacadas, en Estados Unidos y en otras partes del mundo. El extremismo ideológico ha exacerbado la polarización, la animosidad partidista y la desconfianza social, dejando a muchos dudando de la integridad del proceso electoral. La Universidad de Notre Dame tiene una larga historia de trabajar de modo plural y colaborativo. Esto surge, al menos en parte, de una tradición católica que

prioriza la preocupación por el bien común, que es una idea que reconoce nuestra interdependencia social, la necesidad de cooperación colectiva, y la noción de que todos debemos contribuir y beneficiarnos de nuestra vida política para poder prosperar. Inspirándonos en esta idea, esperamos que, a través de la experiencia de nuestro cuerpo docente y el compromiso con el discurso civil, podamos contribuir al fortalecimiento de las instituciones y los procesos democráticos.

Esta noche tenemos el honor de darle la bienvenida a Steve Levitsky, uno de los politólogos más destacados de nuestro tiempo, que está aquí con nosotros para discutir los numerosos desafíos que enfrentan las normas democráticas en la actualidad. Steve, profesor de Harvard y autor de *bestsellers*, también es un viejo amigo de Notre Dame. Al principio de su carrera, Steve fue profesor invitado (*visiting fellow*) en el [Instituto Kellogg de Estudios Internacionales](#), donde trabajó en su primer libro, un profundo estudio del Partido Peronista en Argentina, y desde entonces ha colaborado en numerosos proyectos con nuestros profesores. El trabajo de Steve examina los sistemas políticos de todo el mundo para identificar patrones emergentes que guían el trabajo de académicos y formuladores de políticas. Su trabajo comparativo subraya cómo la experiencia histórica de otras naciones ofrece lecciones importantes para Estados Unidos, y su libro más vendido, del que es coautor Daniel Ziblatt, "[Cómo mueren las democracias](#)", ha inspirado un debate global sobre el retroceso democrático y la amenaza que representa. Y ahora su último libro, "[La tiranía de la minoría. Por qué la democracia estadounidense llega al punto de ruptura](#)", examina los desafíos que enfrenta Estados Unidos en este momento crucial y traza un camino a seguir para fortalecer nuestra democracia.

Muchas gracias Steve por regresar a Notre Dame para compartir este importante trabajo con nosotros.

[Aplausos]

[Dr. Christina Wolbrecht] Es un honor para mí darles la bienvenida a todos al evento de esta noche. Como dijo el padre Jenkins, esto es parte del *Foro de Notre Dame Sobre el Futuro de la Democracia*. Desde su creación en 2005 por el presidente de la Universidad, Reverendo John Jenkins CSC, cada año el *Foro de Notre Dame* invita a un diálogo en todo el campus sobre temas de importancia para la Universidad, la Nación y el Mundo. Y, ciertamente, esta noche vamos a hablar de uno de los más importantes. Nuestro orador, Steven Levitsky, es *David Rockefeller's professor* de Estudios Latinoamericanos, profesor de Gobierno y director del Centro David Rockefeller de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Harvard. Su investigación se centra en la democratización y el autoritarismo, los partidos políticos y las instituciones débiles e informales, con especial atención a América Latina. Autor o editor de más de una docena de libros, el profesor Levitsky, como mencionó el padre Jenkins, es autor junto con el profesor Daniel Ziblatt de "Cómo mueren las democracias", que fue un bestseller del New York Times, se publicó en 25 idiomas diferentes y, yo creo, que es familiar para muchos de los estudiantes aquí esta noche. Ciertamente sé que se enseña ampliamente en el Departamento de Ciencias Políticas. Su libro más reciente con el profesor Ziblatt es "*La tiranía de la minoría. Por qué la democracia estadounidense alcanzó el punto de ruptura*", que es el tema de su presentación esta noche.

Únase a mí para dar la bienvenida al profesor Steven Levitsky a Notre Dame.

[Aplausos]

Conferencia de Steven Levitsky

Saludos

[Steven Levitsky] Gracias ¿Me oyen bien? Gracias Christina, gracias, padre John, y gracias al Foro de Notre Dame. Es un gran honor estar aquí y un verdadero placer estar de regreso entre muchos amigos.

Lo único que recuerdo de ser un académico visitante aquí a finales de los 90 es que el equipo de fútbol era terrible [risas]. Me alegro de que haya mejorado.... Ese fue el último chiste.

Conferencia de Steven Levitsky

[Steven Levitsky] Estados Unidos está experimentando lo que los estudiosos de los regímenes políticos llaman *retroceso democrático* (*democratic backsliding*). Todos los principales Índices de Democracia Global registran un retroceso para Estados Unidos desde 2016 o 2017. Solo por poner un ejemplo, [Freedom House tiene un Índice de Libertad Global](#) que puntúa anualmente a todos los países desde el mínimo de cero, en Corea del Norte, hasta un máximo de 100. Hace una década, Estados Unidos recibía una puntuación de 92 sobre 100, lo que le situaba más o menos a la par del Reino Unido, Japón, Canadá y Alemania. Hoy, la puntuación de Estados Unidos es de 83, es decir, empatado con Rumanía y por debajo de Argentina.

Esto puede parecerle chocante, pero cuando hay esfuerzos generalizados para dificultar el voto, cuando hay amenazas violentas contra los miembros de la justicia electoral y los funcionarios electos, y cuando hay un intento por parte de un presidente en ejercicio de anular las elecciones, se cae hasta el punto de que *Freedom House* considera que se es menos democrático que Argentina.

Se suponía que esto no iba a ocurrir. Los politólogos han descubierto dos hechos aparentemente sólidos sobre las democracias: En primer lugar, las democracias ricas nunca mueren. Las democracias más ricas de la historia que tuvieron un quiebre democrático, Argentina y Hungría, tenían un PIB per cápita de unos u\$17.000 -en dólares actuales- cuando cayeron y Estados Unidos es cuatro veces más rico que eso. El segundo hecho aparentemente sólido sobre las democracias es que las democracias viejas nunca mueren. Ninguna democracia de más de 50 años ha caído jamás. Incluso si fechamos el nacimiento de nuestra democracia en 1965, cuando logramos el sufragio pleno, la democracia estadounidense tenía más de 50 años cuando Donald Trump fue elegido. Así que deberíamos estar a salvo, pero no lo estamos.

En *Tyranny of the Minority*¹, [Daniel](#) y yo intentamos entender por qué no estamos seguros, y argumentamos que Estados Unidos está experimentando una transición sin precedentes, una transición histórica hacia una *democracia multirracial* en la que un grupo dominante pierde ese estatus dominante. Eso, argumentamos, ha desencadenado una reacción autoritaria en una minoría de estadounidenses. Pero eso es sólo una parte de la historia. Nuestra constitución, por desgracia, está exacerbando el problema al dar mucho poder a esa minoría autoritaria.

Para empezar, Estados Unidos se está convirtiendo en una verdadera democracia multirracial. Estados Unidos, como todos ustedes saben, se ha vuelto mucho más diverso y mucho más igualitario racialmente en los últimos 60 años. El número de miembros negros y latinos del Congreso se ha más que cuadruplicado desde mi *bar mitzvah*, y no soy tan viejo, de 28 en 1980 a 114 hoy. El número de congresistas latinos ha

¹ Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2023). [Tyranny of the Minority: Why American Democracy Reached the Breaking Point](#). Crown, New York.

aumentado de 9 a 55 y el número de afroamericanos en el Congreso ha aumentado de 19 a 60, por primera vez en la historia el porcentaje de afroamericanos en el Congreso, o el porcentaje del Congreso que es afroamericano, es ahora igual al porcentaje de la población general que es afroamericana. En 1965, los nueve jueces de la Corte Suprema eran hombres blancos, hoy cuatro de nueve son hombres blancos, y sólo seis de los nueve son blancos.

La opinión pública también ha cambiado radicalmente en el último medio siglo. Por primera vez en la historia de la República, la mayoría de los estadounidenses adhieren a los principios básicos de la democracia multirracial, la diversidad étnica y la igualdad racial. Algunos ejemplos: en 1980 una mayoría de los estadounidenses se oponía a las leyes que prohibían la discriminación en la venta de viviendas, hoy el 80% de los estadounidenses apoya las leyes que prohíben la discriminación en la venta de viviendas. En los años 90, la mayoría de los estadounidenses se oponían sistemáticamente a las políticas de acción afirmativa (*affirmative action*), hoy más del 60% de los estadounidenses dicen a Gallup que apoyan la acción afirmativa y una mayor diversidad en el lugar de trabajo. Más del 60% de los estadounidenses están de acuerdo con la afirmación de que la creciente diversidad de nuestra sociedad hace de Estados Unidos un lugar mejor para vivir. Una encuesta reciente, creo del año pasado, reveló que más del 60% de los estadounidenses piensan que nuestras escuelas deberían enseñar a los niños la historia del racismo en Estados Unidos, aunque los pueda incomodar. Por primera vez en la historia, Estados Unidos tiene una mayoría democrática multirracial.

Pero nuestra transición a la democracia multirracial se enfrenta a dos grandes retos, de los que quiero hablar hoy. En primer lugar, una reacción autoritaria, y en segundo lugar una constitución que está amplificando esa reacción. Quiero abordar cada uno de estos puntos por separado.

En primer lugar, lo más fundamental es que la democracia de Estados Unidos está hoy en crisis porque uno de nuestros dos grandes partidos políticos ya no se compromete a seguir las reglas del juego democrático. Los partidos políticos comprometidos con la democracia, que el gran politólogo Juan Linz denominó *demócratas leales*² (demócratas con la "d" minúscula³), deben hacer tres cosas, y esto está tomado de Linz: deben, sin ambigüedades, aceptar los resultados de las elecciones cuando no son holgados; deben, sin ambigüedades, rechazar el uso de la violencia; y deben romper completamente con los extremistas antidemocráticos.

Los dos primeros son bastante directos, así que quiero desarrollar el tercer punto: romper con los extremistas antidemocráticos. Los líderes individuales, por poderosos y demagógicos que parezcan, no pueden acabar con una democracia por sí solos. Ningún líder individual puede matar una democracia por sí solo, necesita cómplices entre los políticos tradicionales. Éstos son lo que Linz denominó *demócratas semileales* -de nuevo, demócratas con "d" minúscula. Los demócratas semileales pueden ser difíciles de identificar en una multitud, parecen y hablan como políticos normales, pero la verdadera prueba de fuego, la forma de distinguir a un demócrata semileal de un demócrata comprometido, es cómo responden a la

² El autor refiere a la obra "La quiebra de las democracias" (reeditado por Alianza en 2021), en la que Juan Linz argumenta que la falta de lealtad de los partidos políticos puede llevar a la quiebra del régimen democrático. En su versión en español, Linz refiere siempre a *oposiciones* o *partidos* (no "demócratas") leales, semileales y desleales. Para respetar la referencia tal cual la usa Levitsky, mantendremos el término "demócratas leales" (*loyal democrats*).

³ El autor hace esta aclaración gramatical para diferenciar "demócrata" en minúscula como referencia a una persona comprometida con la democracia, de "Demócrata" en mayúscula como referencia a un miembro del Partido Demócrata.

aparición de extremistas antidemocráticos en su propio campo, en su propio flanco. Cuando surgen fuerzas antidemocráticas en su propio flanco, los demócratas leales hacen cuatro cosas: condenan públicamente y sin ambigüedades el comportamiento antidemocrático, incluso si lo hacen sus aliados; expulsan a los extremistas antidemocráticos de sus filas; se niegan a nombrarlos para cargos públicos o a apoyar sus candidaturas; cesan todas sus actividades, tanto privadas como públicas, con grupos que tengan un comportamiento antidemocrático y, lo que es más importante, unen fuerzas o están dispuestos a unir fuerzas con rivales prodemocráticos de todo el espectro político e ideológico para aislar y derrotar a los extremistas antidemocráticos. Estos son, por ejemplo, [Liz Cheney](#) y [Adam Kinzinger](#).

Los demócratas semileales no hacen nada de esto. En lugar de repudiar públicamente el comportamiento antidemocrático en su propio flanco, restan importancia a ese comportamiento, lo justifican con *whataboutism*⁴, o simplemente permanecen en silencio. En lugar de expulsar a los extremistas antidemocráticos, los semileales los toleran, los acomodan, a veces incluso los nominan para cargos y, lo que es más importante, los semileales se niegan a trabajar con sus rivales ideológicos para derrotar a los extremistas antidemocráticos, incluso cuando la democracia está en juego. En otras palabras, eligen a sus aliados antidemocráticos antes que a sus rivales prodemocráticos.

Ahora bien, los semileales pueden parecer relativamente benignos. Ellos no intentan activamente acabar con la democracia, sólo son políticos normales que tratan de salir adelante, de convertirse en presidentes de la Cámara de Representantes o de recuperar la mayoría en el Senado, tal vez tratan de evitar un desafío en las primarias para eludir la ira de sus bases electorales. Pero la historia nos dice que el comportamiento semileal fortalece, inevitablemente fortalece, a las fuerzas antidemocráticas. Así que, cuando los políticos de la corriente dominante toleran o aprueban a los extremistas antidemocráticos, los normalizan. Los principales medios de comunicación empiezan a entrevistarles como a cualquier otro político, los donantes que antes les rehuían deciden que está bien contribuir a sus campañas, los principales consultores y encuestadores empiezan a devolverles las llamadas y los políticos que antes mantenían las distancias ahora deciden que podría estar bien unirse a ellos. Todo ello refuerza y envalentona a las fuerzas antidemocráticas.

Una lección clara de los colapsos democráticos en Europa en la década de 1930 y en América Latina en las décadas de 1960 y 1970, es que cuando los principales partidos políticos de centroizquierda o centroderecha comienzan a coquetear o cooperar con los extremistas, las democracias se meten en problemas.

Desde el 2020, el Partido Republicano ha violado estos tres principios de comportamiento democrático leal. Donald Trump no solo ha sido el primer presidente estadounidense de la historia en intentar anular unas elecciones, sino que, lo que es crucial, el grueso del Partido Republicano le ha seguido la corriente. Un grupo llamado [The Republican Accountability Project](#), un grupo de conservadores, pero no trumpistas, evaluó las declaraciones públicas de los 261 miembros republicanos del Congreso tras las elecciones de 2020, para ver si ponían públicamente en duda la legitimidad de las elecciones de 2020, y el 86% de ellos las puso en duda. Esto es crucial: la democracia exige que los partidos sepan perder, es la regla cardinal

⁴ Esta expresión en inglés refiere a un tipo de falacia (variante de la falacia informal) usada en una discusión para intentar desacreditar la posición de un oponente, acusándolo de una supuesta hipocresía, pero sin refutar o negar directamente su argumento. El autor aquí refiere a que, en lugar de condenar las acciones o discursos antidemocráticos, se acusa a los demás de haber incurrido en acciones o discursos similares: *what about you*.

de la democracia. Cuando un partido importante no sabe aceptar la derrota, la democracia está en problemas.

Los políticos Republicanos, algunos de ellos, también han empezado a coquetear con la violencia política. Han acogido a individuos, por ejemplo, que amenazaron o mataron a manifestantes de Black Lives Matter: los McCloskey; ¿recuerdan a los McCloskey? [la pareja de San Luis que apuntó con sus armas a manifestantes desarmados](#), se les dio un papel destacado como oradores en la convención republicana. [Marjorie Taylor Green](#) nominó a [Kyle Rittenhouse](#), ¿recuerdan a Kyle Rittenhouse? Lo nominó para una medalla de oro del Congreso, y durante la temporada de primarias de 2022 el [New York Times encontró más de 100 anuncios republicanos en los que los candidatos blandían o disparaban armas](#). No se me ocurre ningún otro partido político importante en ninguna democracia establecida en el que los candidatos abracen tan abiertamente la violencia.

Pero la característica más peligrosa del Partido Republicano contemporáneo es su omnipresente semilealtad. Los líderes Republicanos sabían que Donald Trump perdió las elecciones de 2020, y la mayoría de ellos en privado estaban profundamente preocupados por su esfuerzo por anular los resultados, pero lo permitieron de todos modos. Protegieron a Trump al negarse a impugnarlo y condenarlo, bloquearon la creación de una comisión independiente para investigar la Insurrección del 6 de enero, y casi todos ellos dicen que apoyarán a Trump si es el nominado en 2024, incluso si es condenado por tratar de anular una elección.

No tiene por qué ser así. Piensen en lo que ocurrió recientemente en Brasil. Los brasileños, como la mayoría de ustedes saben, eligieron a una figura similar a Trump, Jair Bolsonaro, en 2018. Los medios estadounidenses lo llamaron el Trump de los trópicos. Bolsonaro gobernó muy parecido a Trump, gobernó bastante mal, como Trump perdió por poco su candidatura a la reelección en 2022 y, como Trump, intentó anular los resultados. Pero sus propios aliados políticos se negaron a secundarlo. Todos los principales políticos de derechas de Brasil reconocieron públicamente la victoria del candidato de la oposición, Lula, la noche de las elecciones. El presidente del Congreso y todos los principales gobernadores del país reconocieron los resultados de las elecciones; en otras palabras, los McConnell, los McCarthy, los DeSantis de Brasil, todos ellos, aceptaron sin ambigüedades los resultados de la elección la misma noche de los comicios.

El 8 de enero de 2023, Brasil tuvo un acontecimiento similar al del 6 de enero del 2021 en Estados Unidos. Los manifestantes asaltaron el Congreso, el edificio del Tribunal Supremo y el Palacio Presidencial, pero la derecha brasileña condenó uniformemente la insurrección, nadie le restó importancia, nadie la condonó, nadie la defendió. De hecho, los políticos de derechas de Brasil presionaron para que el Congreso investigara más a fondo los sucesos del 8 de enero. Y, por último, mientras que los Republicanos planean respaldar a Trump incluso si es condenado por intentar anular unas elecciones, los tribunales brasileños prohibieron a Bolsonaro presentarse durante los próximos ocho años, y los políticos conservadores lo han aceptado, no han respondido atacando la legitimidad del sistema judicial en Brasil. Así que, mientras Trump sigue siendo uno de los principales aspirantes a la presidencia en Estados Unidos, Bolsonaro es ahora una figura cada vez más marginal en la política brasileña. Por lo tanto, había otro camino, los líderes Republicanos simplemente no lo siguieron.

Ahora, para ser claros, no estoy diciendo que todos los Republicanos sean autoritarios. Muchos, de hecho, millones de republicanos en todo el país están comprometidos con la democracia. Pero la falta de aceptación inequívoca de los resultados electorales, el coqueteo con la violencia y el apoyo a un candidato

abiertamente autoritario, son señales claras de un partido político que ya no está comprometido, o totalmente comprometido, con las reglas de juego democrático.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué un partido político establecido, como los Republicanos, un partido que ha competido pacíficamente en las elecciones durante más de 150 años, se apartaría de la democracia? De nuevo, en las democracias los partidos tienen que ser capaces de vivir con la derrota. Para que los partidos vivan con la derrota, para que los partidos toleren perder, tienen que creer que perder no traerá consecuencias ruinosas. Cuando los partidos, o sus seguidores, perciben que perder supone una amenaza existencial, tienden a radicalizarse, tienden a intentar ganar a cualquier precio. En otras palabras, sostenemos que es un miedo exagerado a perder lo que lleva a los partidos a alejarse de la democracia.

Pensemos en los Demócratas sureños tras la Guerra Civil. [La Reconstrucción](#) fue el primer experimento de este país con la democracia multirracial, supuso la emancipación y derecho al sufragio inmediato y generalizado de los afroamericanos. Los afroamericanos eran mayoría absoluta, o casi, en buena parte de los Estados del Sur, en los Estados postconfederados. Por ello, su emancipación aterrorizó a los Demócratas sureños y a sus partidarios. El derecho al sufragio de los afroamericanos no sólo amenazaba el dominio electoral de los Demócratas sureños, sino que también amenazaba con derribar todo el orden racial del Sur. Y para muchos blancos sureños, eso era una amenaza existencial. Así que los Demócratas abandonaron cualquier pretensión democrática. Como dijo un Demócrata de Carolina del Norte: "No podemos superar en número a los negros, así que debemos engañarlos, obtener más votos o dispararles". Y eso es lo que hicieron. Los Demócratas utilizaron una combinación de terrorismo violento y fraude electoral para hacerse con el poder en todo el Sur. A continuación, se afianzaron en el poder utilizando [poll taxes](#), pruebas de alfabetización y otras medidas para acabar con el derecho al voto de los afroamericanos. No dispuestos a perder, los Demócratas del Sur privaron del derecho al voto a casi la mitad de la población, dando paso a casi un siglo de gobierno autoritario en el Sur de Estados Unidos.

Tememos que algo similar, o al menos paralelo, le esté ocurriendo hoy al Partido Republicano. Los Republicanos son el partido de un grupo étnico mayoritario, los cristianos blancos, cuyo dominio electoral y social empezó a verse amenazado a principios del siglo XXI. Los orígenes de esa dinámica se encuentran en la Revolución de los Derechos Civiles de los años 50 y 60, ésta fue el segundo experimento de Estados Unidos con la democracia multirracial. Cuando se aprobó la Ley de Derechos Civiles en 1964, los Republicanos eran claramente un partido minoritario, lo habían sido desde el [New Deal](#). Pero la defensa de los derechos civiles por parte de los Demócratas durante los años 60 y 70 alienó a muchos de sus votantes blancos racialmente conservadores, especialmente en el Sur, donde la gran mayoría de los votantes blancos eran Demócratas. Ese hecho, la alienación de muchos votantes blancos racialmente conservadores, creó una oportunidad política para los Republicanos. Así, comenzando con [Goldwater](#), continuando con [Nixon](#) y con [Reagan](#), los Republicanos apelaron sistemáticamente durante unos 20 años al resentimiento de los blancos, y esa estrategia funcionó bastante bien. Los blancos del sur, en el transcurso de 30 o 40 años, pasaron de ser abrumadoramente Demócratas a ser abrumadoramente Republicanos, y los Republicanos, en el transcurso de la última parte del siglo XX, se establecieron con bastante eficacia como el partido de las personas autoidentificadas como cristianos blancos. Han ganado el voto de los blancos en todas las elecciones presidenciales desde 1968. Debido a que el 80% de los estadounidenses se autoidentificaban como blancos y cristianos en los años 70 y 80, los Republicanos lograron bastante éxito electoral con esta estrategia, dejaron de ser un partido minoritario, de hecho, ganaron todas las elecciones presidenciales entre 1968 y 1988 excepto las elecciones del [Watergate](#) de 1976.

Pero la estrategia acabó teniendo problemas porque mientras los Republicanos se convertían en el partido de los blancos cristianos en Estados Unidos, el país se volvía menos blanco y menos cristiano. El porcentaje de estadounidenses que se identificaban como blancos y cristianos cayó del 80% en 1976 al 43% en 2016. Eso tuvo un par de implicaciones para los Republicanos. En primer lugar, planteaba un reto electoral. La dependencia del voto cristiano blanco hizo más difícil para los Republicanos ganar mayorías nacionales en el siglo XXI; de hecho, el Partido Republicano no ha ganado el voto popular desde 2004. En 1980 Ronald Reagan obtuvo el 55% del voto de los blancos, lo que se tradujo en una aplastante victoria electoral; 32 años después, en 2012, Mitt Romney obtuvo el 59% del voto de los blancos, pero aun así perdió. Cuando los Republicanos se dieron cuenta de que ganaban el voto de los blancos, pero perdían el voto estadounidense, empezaron a entrar en pánico y fue entonces cuando vimos los primeros, al menos en la era reciente, esfuerzos a nivel Estatal para dificultar el registro y el voto –en los años 2011, 2012, 2013.

Pero el problema iba mucho más allá de la mera pérdida de elecciones. Para una parte de la base Republicana, el auge de la democracia multirracial se sentía como una amenaza existencial, porque los cristianos blancos no eran un grupo cualquiera, eran históricamente un grupo dominante. Durante dos siglos, todos los presidentes, todos los vicepresidentes, todos los presidentes de las cámaras, todos los líderes de la mayoría del Senado, todos los presidentes de la Corte Suprema, todos los presidentes de la Reserva Federal, todos los jefes del Estado Mayor Conjunto fueron blancos. Hasta mi *bar mitzvah*, todos los gobernadores, todos los directores ejecutivos de [Fortune 500](#), cada Miss América eran blancas. Todo eso se está acabando rápida e implacablemente ante nuestros ojos. Lo vemos en la cuadruplicación del número de miembros afroamericanos y latinos del Congreso desde la década de 1980, lo vemos en la creciente presencia de familias no-blancas y multirraciales en nuestras pantallas de televisión, en los anuncios y en las películas; lo vemos en el creciente rechazo social a los actos de racismo -pensemos en las protestas de [Black Lives Matter](#)-, y lo vemos en los desafíos, en las aulas y las redacciones de medios de comunicación, a los relatos históricos que restan importancia o ignoran el pasado racista de Estados Unidos.

Estamos siendo testigos de un asalto sin precedentes a las jerarquías raciales de este país. Pero cuando tu grupo está en la cima de la jerarquía, los desafíos a esa jerarquía pueden sentirse como una amenaza. Perder el estatus social dominante puede generar sentimientos de pérdida, de resentimiento, puede sentirse como una amenaza existencial. Muchos votantes de Trump, no todos, pero muchos votantes de Trump sienten que están perdiendo su país; sienten que el país en el que crecieron les está siendo arrebatado, y esa sensación de pérdida ha empujado a muchos Republicanos hacia el extremismo. En una encuesta realizada hace dos años, el 56% de los republicanos estaba de acuerdo con la afirmación de que "el modo de vida tradicional estadounidense está desapareciendo tan rápido que puede que tengamos que usar la fuerza para salvarlo". 56%.

Ahora bien, la radicalización de los republicanos supondría una amenaza mucho menor si Estados Unidos fuera como otras democracias en las que gobiernan las mayorías electorales. En casi todas las democracias occidentales, hay un 20%, 25%, tal vez un 30% de votantes que simpatizan con lo que llamamos posiciones de extrema derecha, pero en ninguna otra democracia establecida ese 25 o 30% se ha traducido en tanto poder político. De nuevo, Trump y [MAGA](#) nunca, ni por un día, han representado a una mayoría de los estadounidenses. Las encuestas muestran que las mayorías de los estadounidenses abrazan los principios de la democracia multirracial. Estados Unidos tiene ahora una mayoría democrática multirracial, pero esa mayoría se ha lanzado contra algunas de las instituciones contramayoritarias más poderosas del mundo.

Permítanme ser claro, las instituciones contramayoritarias son difíciles de pronunciar, pero también son esenciales para la democracia. La democracia moderna requiere la protección de los derechos de las minorías, no todo puede o debe estar en juego en unas elecciones. Como dijo el juez Robert Jackson, algunos ámbitos deben quedar fuera del alcance de las mayorías. Quiero sugerir que hay dos ámbitos, en particular, que deben quedar absolutamente fuera de la órbita o el alcance de las mayorías: el primero son los derechos civiles, las libertades civiles como el derecho al voto, la libertad de expresión, la libertad de asociación, de reunión, la libertad de conciencia; todos ellos deben ser protegidos de los caprichos de la mayoría. Bastante obvio. Un segundo ámbito que debe estar fuera del alcance de las mayorías es el propio proceso democrático, los gobiernos elegidos no pueden ser capaces de utilizar las mayorías populares o parlamentarias para atrincherarse en el poder, por ejemplo, cambiando las reglas del juego para, así, socavar la competencia o debilitar a sus oponentes. Ese es el tipo de *tiranía de la mayoría* que vimos en la Venezuela de Chávez, con Orban en Hungría y con la reforma judicial de Netanyahu en Israel. Por ello necesitamos tener, toda democracia debe tener, mecanismos para proteger al sistema democrático de mayorías que lo subviertan. Así, las libertades civiles y el derecho a una competencia justa son derechos esenciales de las minorías, son derechos que requieren instituciones contramayoritarias. Instituciones como la Declaración de Derechos de Estados Unidos, un Poder Judicial independiente con cierto poder de revisión y barreras relativamente altas a la reforma constitucional son lo que yo llamaría instituciones contramayoritarias esenciales.

Pero no todas las instituciones contramayoritarias son esenciales para la democracia, de hecho, algunas de ellas subvierten la democracia. Así, del mismo modo que algunos ámbitos deben quedar fuera del alcance de las mayorías, otros ámbitos, diría yo, deben permanecer dentro del alcance de las mayorías, y permítanme mencionar dos: uno de ellos son las elecciones, los que tienen más votos deben prevalecer sobre los que tienen menos votos a la hora de determinar quién ocupa un cargo político. Que yo sepa, ninguna teoría de la democracia liberal justifica otro resultado. Un segundo ámbito que debería permanecer en el ámbito de las mayorías es la legislación, los que ganan las elecciones deberían gobernar, las minorías partidistas no deberían poder vetar permanentemente la legislación respaldada por las mayorías parlamentarias, siempre que esa legislación no viole derechos básicos. Las instituciones que impiden que ganen las mayorías electorales o que impiden que gobiernen las mayorías parlamentarias no son esenciales para la democracia, de hecho, son antitéticas a la democracia.

Resulta que Estados Unidos tiene un número inusual de estas instituciones antidemocráticas: el Colegio Electoral, que permite a los perdedores del voto popular ganar la presidencia; un Senado severamente mal distribuido, que brinda representación equitativa a todos los Estados independientemente de su población; el obstruccionismo (*filibuster*) del Senado, que no forma parte de la Constitución, pero permite a una minoría partidista bloquear permanentemente una legislación respaldada por una mayoría; y, por supuesto, una poderosa Corte Suprema con magistrados vitalicios, que permite a los magistrados nombrados en una generación frustrar a las mayorías de las generaciones venideras.

Las instituciones contramayoritarias no democráticas son a menudo producto de pactos políticos de transición. Pactos en los que poderosas fuerzas autoritarias exigen protecciones especiales a cambio de ceder el poder. Vimos esto, por ejemplo, en el Chile posterior a Pinochet, lo vimos con los comunistas polacos en 1989, lo vimos con los blancos en Sudáfrica y lo vemos con los militares en la Tailandia contemporánea. En todos estos casos, las fuerzas autoritarias exigieron protección adicional, una especie de ventaja a cambio de ceder el poder. Ahora bien, normalmente no pensamos de esta manera en Estados Unidos, en nuestras instituciones contramayoritarias. Generalmente pensamos en nuestras instituciones

contramayoritarias como producto de un diseño con visión de futuro, las consideramos parte de un plan cuidadosamente elaborado de controles y equilibrios (*check and balances*). Eso, quiero sugerir, es en gran parte un mito. Los redactores de la Constitución de Estados Unidos eran personas muy inteligentes, pero no estaban ahí afuera tratando de diseñar la República perfecta, sino que estaban tratando de contener una Unión e impedir el descenso a una Guerra Civil o una intervención militar extranjera. Y para hacer eso, para evitar una ruptura de la Unión de Estados y un descenso a la violencia, se dieron cuenta muy rápidamente de que tenían que llegar a un acuerdo.

Madison y Hamilton, dos de nuestros más brillantes redactores, se opusieron a una representación igualitaria en el Senado de cada Estado, pero cuando los Estados menos poblados amenazaron con abandonar la Unión, tuvieron que llegar a un acuerdo. Madison quería que el Congreso seleccionara al presidente, como ocurre con los sistemas parlamentarios contemporáneos en Europa, y él, el propio Madison, prefería las elecciones presidenciales directas al Colegio Electoral. Pero el plan de Madison en Virginia, que haría que el Congreso eligiera presidente, fue rechazado, y los Estados esclavistas del sur rechazaron las elecciones directas, por lo que el Colegio Electoral terminó siendo una especie de tercera mejor solución después de que todas las demás alternativas fueron rechazadas.

El obstruccionismo (*the filibuster*) tampoco formaba parte de la visión del redactor sobre controles y equilibrios. Tanto Hamilton como Madison se opusieron firmemente a las reglas de super-mayoría para la legislación regular. Las reglas de la super-mayoría no estaban incluidas en la Constitución, al menos no para la legislación regular, no estaban incluidas en el Senado original; el obstruccionismo surgió más tarde gracias a una especie de extraña supervisión por parte de los líderes del Senado de principios del siglo XIX que estaban limpiando las reglas de las cámaras, y no fue hasta finales del siglo XX que se convirtió en una regla de mayoría calificada en toda la legislación. De modo que las instituciones contramayoritarias clave, como el Senado y el Colegio Electoral, no fueron producto de un diseño con visión de futuro, sino de pactos de transición. Pero mientras que los paquetes de transición en Polonia, Chile y Sudáfrica fueron temporales, las instituciones contramayoritarias de Estados Unidos se convirtieron en características permanentes de nuestro sistema político, y esas características permanentes, quiero sugerir, ahora amenazan nuestra democracia.

Las concesiones hechas a los Estados “pequeños” en 1787 crearon un sesgo en nuestro sistema político: sobrerrepresentaban territorios escasamente poblados. Así, el Colegio Electoral favorece a estos Estados, el Senado de los Estados Unidos también los favorece en gran medida y, dado que el Senado aprueba a los candidatos a la Corte Suprema, la Corte Suprema también está ligeramente sesgada hacia los estados escasamente poblados. Ese *sesgo rural* siempre ha estado con nosotros, y siempre ha sido antidemocrático, pero nunca benefició seriamente a un partido político sobre otro porque, durante la mayor parte de la historia de este país, ambos partidos principales tuvieron secciones urbanas y rurales, por lo que realmente no tuvo un efecto partidista. Sólo a principios del siglo XXI los partidos estadounidenses se dividieron marcadamente a lo largo de líneas rurales/urbanas. Hoy en día, como todos saben, los Demócratas tienen su abrumadora mayoría en los centros metropolitanos, mientras que los Republicanos tienen su abrumadora mayoría en territorios menos poblados y ciudades más pequeñas. Eso da a los Republicanos, sin que sea culpa suya, una ventaja sistemática en el Colegio Electoral, el Senado y la Corte Suprema, lo que les permite, algo importante: ganar y mantener el poder nacional sin ganar mayorías electorales nacionales.

Déjame repasar algunas cosas que ya saben. Los Republicanos han ganado la presidencia por voto popular una vez desde 1988, pero han controlado la presidencia durante la mayor parte del siglo XXI. Una mayoría popular no fue suficiente para que Joe Biden ganara la presidencia en 2020, debía ganar por cuatro puntos, si hubiera ganado por tres puntos porcentuales, Trump habría sido reelegido. El Senado está aún más sesgado: en los últimos años los Demócratas han necesitado ganar el voto popular en el Senado por unos cinco puntos para conservar el control; de modo que incluso si los Demócratas obtienen consistentemente entre el 51 y el 52% del voto nacional para el Senado, los Republicanos controlarán el Senado. Los senadores, como ustedes saben, son elegidos por períodos escalonados de seis años, por lo que un tercio de la cámara se elige cada dos años; eso significa que se necesitan tres elecciones en un ciclo de seis años para elegir o renovar completamente el Senado. El Partido Demócrata ha ganado el voto popular general en cada ciclo de seis años desde 2000 y, sin embargo, los Republicanos han controlado el Senado durante casi la mitad de ese período.

La composición del Tribunal Supremo también está sesgada. Cuatro de los nueve jueces de la Corte Suprema fueron confirmados por senadores que representaban a menos de la mitad de la población estadounidense, y tres de ellos, Gorsuch, Kavanaugh y Barrett, fueron nominados por un presidente que perdió el voto popular y luego confirmados por senadores que representaban a menos de la mitad de la población estadounidense. Si el voto popular determinara quién ganó la presidencia y quién controlaría el Senado, la Corte Suprema hoy probablemente tendría una mayoría liberal de 6 a 3. Por lo tanto, nuestras instituciones permiten cada vez más que quienes obtienen menos votos gobiernen a quienes obtienen más votos, eso es un *gobierno minoritario* (*minority rule*).

Pero quiero sugerir que el problema es más profundo que eso: nuestras instituciones están empezando a reforzar el autoritarismo de varias maneras. En primer lugar, y lo que es más importante, las instituciones contramayoritarias refuerzan el extremismo Republicano al proteger al partido de la presión competitiva. Se supone que la competencia democrática funciona como un mercado, de modo que cuando los productos no se venden las empresas pierden dinero, y cuando las empresas pierden dinero se enfrentan a presiones para probablemente cambiar a su CEO y desarrollar un producto mejor. En las democracias se supone que los partidos deben ganar votos, se supone que deben ganar elecciones, cuando los partidos pierden elecciones repetidamente se enfrentan a presiones para adaptarse y ampliar su atractivo. Así, cuando los Demócratas perdieron tres elecciones presidenciales consecutivas en 1980, 1984 y 1988, respondieron moviéndose hacia el centro y eligiendo a Bill Clinton, un moderado, como su candidato presidencial. Eso es lo que se supone que deben hacer los partidos cuando pierden. Ese proceso de adaptación no está ocurriendo en el Partido Republicano. Una vez más, los Republicanos han perdido el voto popular en siete de las últimas ocho elecciones presidenciales, tuvieron un desempeño muy inferior desde todas las perspectivas en 2018, 2020, 2022 y, sin embargo, no ha habido ningún esfuerzo real por moderar o repensar la estrategia. Y creo que eso se debe a que nuestras instituciones dan a los Republicanos una “muleta electoral”. No tienen que ganar mayorías nacionales, pueden ejercer muchísimo poder con el 47%, el 48% de los votos. Por lo tanto, el extremismo no les cuesta hoy a los Republicanos tanto como les costaría en un entorno más competitivo, a pesar de todo lo que Trump ha hecho. El poder nacional sigue tentadoramente al alcance del Partido Republicano. Es muy probable que obtengan el control del Senado en 2024, y tienen muchas posibilidades de ganar la presidencia, entonces, ¿por qué moderarse?

Creo que también existe el peligro de que nuestras instituciones contramayoritarias se auto refuercen y ayuden a atrincherar fuerzas antidemocráticas. En política, como saben, el poder engendra poder. Los

Republicanos ganaron la Presidencia y el Senado en 2016 a pesar de perder el voto popular en ambas instituciones. Trump y ese Senado luego pudieron nominar a tres jueces en la Corte Suprema, forjando una poderosa mayoría de derecha en la corte a partir de minorías electorales. Esa Corte Suprema, a su vez, ha permitido que el autoritarismo a nivel estatal mantenga, por ejemplo, esquemas de manipulación de los distritos electorales (*gerrymandering*) que permiten el gobierno de minorías en varias Legislaturas Estatales, y en Estados como Carolina del Norte y Wisconsin, las Legislaturas Estatales resultantes de la manipulación de los distritos electorales han lanzado una variedad de iniciativas antidemocráticas, incluidas medidas que dificultan el ejercicio del voto.

El *gobierno de la minoría* es un problema exclusivamente estadounidense. En ninguna otra democracia establecida las minorías partidistas pueden frustrar a las mayorías electorales de manera tan consistente y consecuente como en Estados Unidos. ¿Por qué es ese el caso? Las instituciones contramayoritarias solían estar muy extendidas. Los países europeos del siglo XIX tenían todo tipo de instituciones antidemocráticas; en comparación, Estados Unidos era un régimen demócrata progresista. Los países europeos tenían vetos monárquicos, elecciones indirectas, cámaras legislativas no electivas o con distritos muy sobrerrepresentados, mecanismos obstruccionistas mediante los cuales las minorías parlamentarias podían frustrar a las mayorías, tenían todas esas cosas. Pero en los últimos 100 o 120 años, otras democracias se despojaron gradualmente de sus instituciones predemocráticas. Gran Bretaña debilitó su Cámara de los Lores despojándola del poder de veto; Dinamarca, Suecia, Portugal y Nueva Zelanda se deshicieron de cámaras altas antidemocráticas; Alemania, Austria y Bélgica democratizaron sus Senados haciéndolos más proporcionales a la población; Gran Bretaña, Canadá, Francia y otras democracias establecieron reglas de cierre que permitieron a las mayorías simples poner fin al debate parlamentario, eliminando así la posibilidad de un obstruccionismo minoritario; todas las demás democracias establecidas imponen límites de mandato o edad de jubilación a sus jueces de la Corte Suprema; y todas las demás democracias presidenciales de la Tierra, cada una de ellas, se deshicieron de su Colegio Electoral (Argentina fue la última en 1994).

Otras democracias alrededor del mundo se han vuelto más democráticas durante el último siglo, eliminando las instituciones de los siglos XVIII y XIX que permitían a las minorías frustrar sistemáticamente a las mayorías. Sólo Estados Unidos conservó la mayoría de sus instituciones predemocráticas. Hoy, nuevamente, Estados Unidos es la única democracia presidencial del mundo con un colegio electoral. Tenemos el Senado más mal distribuido del mundo, exceptuando a Argentina y Brasil. Ninguna otra democracia permite que una minoría parlamentaria vete sistemáticamente una legislación respaldada por la mayoría. Estados Unidos es la única democracia establecida con nombramientos vitalicios para la Corte Suprema, todas las demás democracias establecidas tienen límites de mandato o una edad de jubilación obligatoria. Y, finalmente, entre las democracias, la Constitución estadounidense es la más difícil de modificar del mundo.

Necesitamos democratizar la democracia estadounidense. En el capítulo final de nuestro libro, propusimos 15 reformas que ayudarían a garantizar que las mayorías electorales ganen el poder y gobiernen. Esas reformas incluyen: un derecho constitucional al voto, un registro automático de votantes, la abolición del Colegio Electoral, la democratización del Senado mediante la eliminación del obstruccionismo, la concesión de una mayor representación a los estados más populares y el establecimiento de límites a los mandatos de los jueces de la Corte Suprema. No se trata de reformas radicales, ya existen en la mayoría de las demás democracias. Facilitar el voto, abolir el Colegio Electoral,

eliminar el obstruccionismo y poner fin a la permanencia vitalicia en la corte simplemente nos alinearía con otras democracias establecidas.

La reforma constitucional es realmente difícil en Estados Unidos, pero vale la pena recordar que los estadounidenses tienen una larga historia de trabajo para hacer que nuestro sistema político sea más democrático. En 1787, George Washington escribió una carta a su sobrino en la que describía a la nueva constitución, redactada apenas unas semanas antes, como un “documento imperfecto” y decía que dependería de las generaciones futuras mejorarla. Y generaciones de estadounidenses hicieron precisamente eso, desde la Declaración de Derechos hasta la expansión del sufragio, las importantes Enmiendas de Reconstrucción, las Reformas de la Era Progresista y la Era de los Derechos Civiles, los estadounidenses trabajaron para hacer que nuestro sistema fuera más democrático. Pero durante el último medio siglo, durante la mayor parte de nuestras vidas, hemos dejado de hacer ese trabajo. Necesitamos volver a esa tradición reformista y debemos volver a colocar la reforma institucional en la agenda pública. Necesitamos empezar a discutirlo, si no lo hacemos, corremos el riesgo de caer en un gobierno minoritario.

Pero, y aquí termino, nada de esto sucederá antes de 2024. Y, mientras tanto, nos enfrentamos a una amenaza autoritaria inminente. Ahora está claro, si no lo estaba en 2016, que Donald Trump es un autócrata. Violó la regla cardinal de la democracia cuando intentó anular las elecciones de 2020, y ha sido bastante claro, si lo han escuchado, sobre lo que intentará hacer si es elegido en 2024: dice que purgará la administración pública para llenarla de leales, dice que utilizará el Departamento de Justicia para procesar y encarcelar a sus críticos y dice que intentará cerrar los medios de comunicación críticos. Francamente, no puedo pensar en otro candidato importante en elecciones competitivas, en ningún lugar del mundo desde la Segunda Guerra Mundial, que haya sido tan desnuda y abiertamente autoritario como Donald Trump. Hugo Chávez nunca dijo algo así durante la campaña electoral, Erdoğan y Orbán nunca dijeron estas cosas, ni siquiera Putin dijo algo tan abiertamente autoritario. Dada la semilealtad generalizada dentro del Partido Republicano actual, Trump constituye hoy una amenaza mucho mayor para nuestra democracia que en 2016.

Por lo tanto, es imperativo que construyamos una coalición amplia en defensa de la democracia, una coalición que sea mucho más amplia que cualquier cosa que estemos contemplando hoy. Esa Coalición tiene que incluir a todos, desde Alexandria Ocasio-Cortez y Bernie Sanders hasta Liz Cheney, Mitt Romney, George Bush y figuras conservadoras, religiosas y empresariales. Incluso consideraría incluir a Republicanos en las listas del Partido Demócrata en 2024. Eso no es fácil de hacer. Construir una coalición amplia, y esto es importante, requiere mucho sacrificio, requiere trabajar con personas a las que nos hemos opuesto toda nuestra vida, requiere dejar de lado importantes diferencias políticas, incluso en temas que nos importan profundamente, como Israel o el aborto. Eso es un enorme pedido. Pero no son tiempos normales, si nos comportamos como si estuviéramos en tiempos normales, podríamos perder nuestra democracia.

Hoy nos encontramos en una encrucijada: Estados Unidos será una democracia multirracial en el siglo XXI o no será una democracia. Ambos caminos están ante nosotros y no hay vuelta atrás.